

## CRISTÓBAL L. MENDOZA

Tema: “Bolívar en la organización política del  
continente y causas de la convocatoria  
del Congreso de Panamá”  
11 de febrero de 1928

*Señores Académicos:*

Nunca fue más viva la expresión de la gratitud de lo que es hoy en mis labios y en estas circunstancias. Yo quiero apresurarme a declarar, con la sinceridad que provocan siempre las emociones profundas, que mi capacidad no está, ni con mucho, a la altura de esta Corporación, a la que debe la Patria buena parte del esplendor que hoy reviste su Historia. Sólo puedo ofrecer que mi buena voluntad será tan grande como lo ha sido vuestra benevolencia y que, si no la calidad, sí serán dignos de vosotros el entusiasmo y la constancia de mi esfuerzo. Contad con que en toda ocasión, trataré de suplir la pobreza de mi contingente con el firmísimo empeño de ser útil.

Sustituyo en el seno de la Academia al señor Francisco Jiménez Arráiz, arrebatado en hora temprana del mundo de los vivos, cuando más podía esperarse de su creciente consagración al estudio y a la propagación de nuestras glorías históricas. Como a muchos otros, el espectáculo de las desgracias nacionales y sus generosas aspiraciones juveniles, lo arrastraron al campo de la guerra civil, en épocas en las que todavía se profesaba la creencia de que la panacea milagrosa de nuestros males políticos, se hallaba en una proclama guerrera y la encarnaba un Caudillo. De esta su primera época, nos dejó Jiménez Arráiz un opúsculo vibrante,<sup>1</sup> escrito todavía bajo las embriagueces del triunfo y antes de que la dura realidad le descubriese la engañosa ilusión del espejismo. Con el correr de los años y con el madurar de las ideas, sobrevino en su mentalidad reflexiva la inevitable evolución, y en 1909 publicó un esbozo de novela<sup>2</sup> en el que pinta con ingenuo desaliento el espectáculo de las prisiones, triste secuela de la guerra civil y el trágico fusilamiento de un sobreviviente de Ayacucho, sobre cuyo pecho luce, al lado de las manchas sangrientas de las balas fratricidas, la orden de los Libertadores de Colombia.

Ya para entonces germinaba en el corazón entusiasta de Jiménez Arráiz, el noble amor por la Epopeya que iba a absorber, como una brillante obsesión, las nobles facultades de su espíritu: viajando por los caminos que nuestros Libertadores recorrieran muchos lustros atrás, en pos de un alto ideal, dos de los personajes de su ensayo se dan a recordar los hechos gloriosos con que aquéllos marcaran esos mismos senderos, convertidos después en un dramático Vía Crucis en el que la insignia de la Patria, con sus colores destrozados, se viera arrastrada hacia el Calvario, en vez de ser empujada hacia el Tabor. Fue, seguramente, de sus andanzas bélicas por esos lugares sagrados de donde Jiménez Arráiz extrajo la semilla que más tarde debía florecer noble y patrióticamente, mediante una meritísima devoción al estudio, en sus descripciones de los caminos gloriosos de la Independencia.<sup>3</sup> Y en esta santa tarea fue infatigable. Todas las campañas libertadoras tuvieron en él un narrador sincero y exaltado y en él encontraron su panegirista todos los Próceres. Nuestros aniversarios patrióticos le vieron siempre en la tribuna, pero no en la

---

<sup>1</sup> *Del Vivac*

<sup>2</sup> *Alma Criolla*

<sup>3</sup> *Camino de la Gloria. Hojas de Laurel*

actitud desalentadora del pesimista que lo ve todo perdido, sino con el fervor del creyente que sabe que la Fe mueve montañas y con la convicción del filósofo que conoce las inevitables sacudidas que experimentan las sociedades en formación, pero que conoce, a la vez, la suerte fausta que el destino reserva a las que encierran dentro de su seno fuertes elementos de vida e inmortales ejemplos de gloria.

Hombre de comprensivo patriotismo, que siente por instinto y por convicción el lazo profundo que lo ata a la sociedad que lo rodea, Jiménez Arráiz no esquivó nunca el concurso de su persona y de su pluma a toda noble manifestación del espíritu o del sentimiento. Hombre de hogar, edificó su templo y erigió su cátedra de buenas costumbres y desde ella predicó a la niñez y a la juventud, lleno de fe y de ilusión, sus principios morales.<sup>4</sup> Él cumplió, pues, con la Patria el deber esencial de todo ciudadano, contribuyendo a su consolidación y a su brillo y lo hizo por el camino más desinteresado y fecundo: estudiando sus orígenes, proclamando los talentos y las virtudes de sus grandes Hombres, divulgando sus glorias, predicando las buenas costumbres y las sanas ideas y fundando un hogar. Su obra laboriosa pasará a la posteridad, condensada en sus libros, para ejemplo y enseñanza de las nuevas generaciones. Yo me complazco en tributar un sincero homenaje a su grata memoria.

*Señores:*

Sucede a menudo en la vida de los grandes guerreros, que la falta de un plan de conjunto, constante y preciso, comunica a su actuación histórica contradicciones, incertidumbres y errores, que constituyen el germen letal de la disolución de su obra. De este defecto, no están exentos ni aun los más célebres Conquistadores, a pesar de que todos llevan en sí, como atributo innato, el instinto del acierto, cual si una mano providencial e invisible los condujera al través del teatro de sus hazañas. Podría decirse que ningún soldado, desde los tiempos fabulosos de las grandes invasiones asiáticas hasta los primeros años del siglo XIX, realizó efectivamente lo que pudiéramos llamar "modelo de acción", es decir, esa unidad de pensamiento y esa armonía de ejecución, fieles en toda oportunidad al proyecto ideal, al impulso inicial que el momento histórico y el propio genio del Caudillo, desataran inconteniblemente, en un instante determinado, sobre una porción del género humano. O bien las circunstancias del momento, por las mismas complicaciones históricas, no se prestaban para el cabal desenvolvimiento metódico de la empresa acometida, o bien las facultades del héroe no revestían la suficiente capacidad genial para caracterizar a perpetuidad la situación, extrayendo del seno de ésta todos los frutos en ella potencialmente contenidos.

Esos grandes movimientos que producen cambios radicales en la vida y en el pensamiento de los hombres y que se encarnan generalmente, aunque no siempre, en las proezas de los grandes Capitanes, no son nunca el resultado de voluntades aisladas y ambiciosas, sino que se realizan en determinados momentos propicios de la existencia de la humanidad. La aparición de nuevos principios fundamentales, el contacto reciente de grupos de pueblos de civilización desigual, el derrumbamiento de grandes Estados, nuevas orientaciones históricas, producen de tiempo en tiempo el tipo del Conquistador, que actuando de acuerdo con las circunstancias peculiares del instante en que se produce el fenómeno, y según las características determinantes de su propia psicología, impone a sangre y fuego el nuevo credo, o reconstituye a su albedrío las organizaciones políticas o las agrupa como su interés lo aconseja, o marca rumbos distintos a la existencia de las

---

<sup>4</sup> *Fragmentos de Fe y de Ilusión*

colectividades. En la mayor parte de los casos, el instinto guerrero peculiar de toda conquista priva por sobre toda otra consideración y relega a segundo plano o deforma y desnaturaliza los otros elementos esenciales que provocan el desencadenamiento del suceso. Los apetitos egoístas que acompañan siempre a las más privilegiadas naturalezas, se sobreponen entonces a la misión histórica e ideal del personaje que encarna el movimiento, agostan la fecundidad potencial de éste y la obra, al menos aparentemente, queda reducida a la dominación temporal de un hombre sobre un grupo de pueblos, que acaban siempre por reivindicar sus libertades. En tales casos, el beneficio universal que había de derivarse de la actuación del personaje, queda invisible a los ojos de las multitudes, y sólo se hace verdad sensible para el investigador, como esas corrientes subterráneas de agua que sólo fecundan la superficie, cuando la mano del técnico llega hasta ellas y las exhibe a la vista de la masa incrédula e ignara.

Enfrente de esos grandes Conquistadores y de esas grandes Conquistas, en las que el momento histórico y el personaje que lo encarna, no forman un todo suficientemente armonioso para comunicar a la obra una trascendencia eterna, se yergue la figura del Libertador en una posición excepcional. En realidad, el alma de Bolívar es, típicamente, la de un conquistador. Entre la suya y las de Alejandro, César o Napoleón, no existe diferencia esencial. En la suya como en las de estos otros, vibran el genio guerrero, el impulso avasallador irresistible, el ansia insaciable de dominar constantemente nuevos y más amplios horizontes, la actividad devoradora e incansable, el espíritu organizador, el talento múltiple. Su naturaleza, como las de los tipos clásicos del género, no conoce 'las dificultades del momento, ni se deja abatir por los obstáculos que la rodean: el pensamiento está siempre en el objetivo distante y la acción es la adecuada para alcanzarlo, por lejano que esté. En sus manos, como en las de sus émulos en la Historia, se van cristalizando sucesivamente ensueños más y más dilatados, que parecen abarcar el mundo entero, como envolviéndolo dentro de las redes de acero que va tendiendo la espada, la cual no reconoce fronteras, ni se somete a ninguna autoridad, ni vacila ante ningún obstáculo. Como sus hermanos de Olimpo, ama fanáticamente la gloria con todo lo que ésta tiene a la vez de eterno y de efímero. Por último, como en el caso de todos los demás, cuando la fuerza misma de los acontecimientos pone el límite final a sus empresas terrenales, sobreviene el derrumbamiento de la inconmensurable estructura, a los golpes de las fuerzas reaccionarias que su misma actuación ha ido acumulando en mayores proporciones, a medida que el radio de acción va dominando más vastas extensiones.

Pero si las semejanzas de naturaleza son íntimas, si un análisis biológico, digamos, no revelaría diferencias esenciales entre las facultades del Libertador y las de cualquiera otro de los grandes Conquistadores de la Historia, hiere, en cambio, la imaginación, desde el primer golpe de vista, el abismo que los separa, si se consideran la calidad y el alcance de su obra. En el caso del Libertador, el momento histórico y el personaje, son como dos cumbres gemelas, que parecen dominar, con proporciones no igualadas, la altura de todos los siglos que el tiempo ha ido paulatinamente acumulando. Existe entre ellos dos una armoniosa relación que no se altera jamás, como si los acontecimientos hubieran engendrado amorosamente, a su perfecta imagen y semejanza, al personaje, o bien cómo si éste, en un prolongado raptó de amor paternal, al cual no correspondió nunca la humana naturaleza, hubiese engendrado los acontecimientos por un prodigio divino. El hondo significado de la Naturaleza y de la Historia americanas, para todos indescifrable, adquiere para él los caracteres de una revelación luminosa, que ha de ser inexorable e integralmente realizada. Y es tal y tan perfecta la compenetración entre ambos, que la imaginación no acierta a distinguir cuál es la parte del hombre y cuál la del momento histórico y acaba por

confundirlos en un solo todo, en un solo conjunto homogéneo y brillante, como cuando contemplamos desde la orilla, en el horizonte lejano, el contacto indefinible y profundo de las dos majestades infinitas del cielo y del mar.

Tras el aparato asolador y despiadado de las armas de todo Conquistador, marchó siempre, muchas veces ignorado y oculto, un ideal de cultura o un propósito de civilización o una aspiración de libertad o, simplemente, un irresistible instinto de fuerza. Pero en el caso de Bolívar, la guerra es, principalmente, un medio y no un fin. Su complicada psicología muestra con igual fervor y en el mismo grado máximo, las dos aptitudes del guerrero y del apóstol. Y esta peculiar asociación de facultades, hace que el ideal y la acción marchen siempre al unísono, prestándose apoyo recíproco, para alcanzar un objetivo que no puede ser coronado sin el concurso de la espada victoriosa y sin la ayuda de las doctrinas, que van también subyugando las almas, con el más noble y durable atributo de su virtualidad. A medida que los combates van enlazando los pueblos, el Libertador va organizando gobiernos, inspirados en la misma tendencia hacia el alto propósito común, que es el emblema esencial de todo apostolado; y así, cuando cierra triunfalmente en Ayacucho el ciclo de sus campañas guerreras, todo está ya preparado para abrir en Panamá la última jornada, la que ha de constituir la más honda vibración armónica entre su alma y el alma de América, la que ha de encarnar en su forma más elevada y trascendental, esa perfecta consustanciación entre las necesidades del momento histórico y la actuación múltiple y fecunda de su genio. Y si en esa suprema tentativa lo espera también el fracaso supremo, no es para llevar el relato de la empresa a las páginas muertas de la Historia, sino para grabar en la conciencia de los hombres, con el símbolo eterno y ardiente de otro Gólgota, el Evangelio de la redención de un mundo.

El objetivo de sus actividades está, desde un principio, perfectamente definido; es la independencia del imperio colonial español, pero no a la manera como la conciben los caudillos y los estadistas locales, sino reconstruyendo sobre los restos de aquél, una nueva entidad que asegure al conjunto fuerza interior y poderío exterior suficientes para darle existencia perdurable y gloriosa. Y su actuación se encamina, a la realización del plan ideal, sin vacilaciones ni contradicciones. En sus conquistas, desde el violento gesto inicial del Monte Sacro, hasta el sereno ademán, ya casi extraterrenal, de la postrera proclama de Santa Marta, prevalece uniformemente el principio de libertad y de unión, que constituye el elemento esencial e invariable de la obra y ni los acontecimientos secundarios y accidentales, ni los errores y las maquinaciones de los hombres, logran desviar jamás el Sol de su existencia de la trayectoria que leyes superiores y profundas le han trazado, al poner en sus manos la espada conquistadora.

Si en el colegio electoral de Guayaquil, tiene un rudo gesto de Breno cuando pone el peso de su acero en la balanza donde han de decidirse los destinos de la Provincia, es porque necesita su anexión a la Gran Colombia, para formar de ésta el núcleo poderoso y estratégico que ha de ser el alma, como él es el brazo, de la empresa de la liberación de todo el Imperio Colonial. Si no abandona el Perú, después que ha destruido el último ejército español, es porque la posición preponderante que le da su dominio sobre el Imperio del Sol, le permite influir más eficazmente sobre Chile y Buenos Aires, para completar la unión de la América Hispana. Si en 1826, sostiene a Páez contra los émulos que lo empujan a la rebelión que va a cristalizar los elementos de la disolución de la República, es porque sobre las ruinas ya inevitables de la Gran Colombia, proyecta establecer la Confederación que ha de unir en un solo haz las cinco repúblicas por él libertadas, constituyendo la masa, que por ley natural y en directa proporción de su peso y su tamaño, ha de atraer irresistiblemente el resto del Continente. Y si excluye resueltamente la Monarquía de sus

proyectos constitucionales, es porque está tan íntimamente consustanciado con las necesidades de América, que Bolívar sabe que el verdadero, que el eterno pedestal de su gloria, no está en el dorado símbolo del cetro y la corona, sino en el encauzamiento del rústico y profundo sentimiento democrático que irrevocables circunstancias históricas han sembrado en el Nuevo Mundo y que brotan, por todos sus ámbitos, de igual manera y de un modo tan espontáneo y tan firme, como los bosques que cubren sus dilatadas y desiertas extensiones.

En su incesante movimiento, las corrientes misteriosas de la Historia habían fijado ya la hora de abrir el Continente Americano a todos los vientos de la civilización, arrancándolo de las férreas manos de España, que no economizaba en sus empresas la sangre valerosa y aventurera de sus hijos, ni ahorra al adversario la muerte y el tormento. Tres siglos hacía que aquella misma Iberia magnífica había conquistado para sí y héchose adjudicar por el representante de Cristo en la tierra, ese mismo Mundo que un guerrero de su propia estirpe iba a arrebatarse en nombre de nuevos principios. Casi de polo a polo, en el inmenso escenario de la próxima epopeya, la vieja Monarquía campeaba por el sólido prestigio de su trono, tantas veces secular, por el brillo casi legendario de sus armas, por la autoridad indiscutida y temible de sus leyes, por el respeto omnipotente de sus magistrados, por la influencia sobrenatural de sus sacerdotes; y el orden tradicionalmente establecido parecía tener bases tan profundas y arraigadas, como los cimientos de la Cordillera que coronaba de Norte a Sur el vasto Imperio o como el lecho de los inmensos caudales de agua que, brotando de las recias entrañas de aquélla, corrían al océano proclamando con su imponente grandeza, el poderío ilimitado de la Corona Castellana. Del uno al otro extremo, un largo cordón de Virreyes, de Presidentes y de Capitanes Generales, de Audiencias y de Cabildos, de Justicias y de Alguaciles, forman una red gigantesca, que sujeta al Continente en el nombre sagrado del Rey y lo gobiernan por medio de las providencias que emanan de él como de una fuente sobrehumana. El sólido y extenso conjunto, parece aún más resistente e inmovible que el propio Solio peninsular con sus milenarias raíces.

Sin embargo, desde fines del siglo XVIII, el tropel de confusas y contradictorias aspiraciones que viene agitando a las diversas comarcas hispano-americanas por el malestar económico, por los conflictos político-administrativos entre criollos y peninsulares y por las nuevas corrientes ideológicas que van lentamente filtrándose, se va cristalizando en una idea: la separación de la Monarquía española. La independencia de los Estados Unidos por medio de la insurrección y la Revolución Francesa, el Contrato Social y los Enciclopedistas, alientan líricamente los espíritus. Miranda proporciona caballerescamente una bandera e inicia en Venezuela la al parecer imposible aventura de la rebelión armada.

Pero, los esfuerzos aislados e inexpertos están condenados al fracaso, ante el poderío y la organización del Imperio Español. No estaba, ciertamente, en las manos de caudillos locales la solución afortunada del problema histórico que los siglos han planteado y que la irreflexiva ingenuidad revolucionaria ha pretendido resolver sobre bases puramente ideológicas. Ante la soberbia unidad de aquel Imperio, había de alzarse necesariamente, por ley histórica, otro símbolo, revestido de iguales atributos y fuerzas y sostenido por un brazo capaz de dominar las tempestades que iban a desatarse, como lógico resultado del fermento de tres razas, durante trescientos años de régimen colonial, sobre el territorio peculiarísimo del Nuevo Mundo. Y tal fue, como plástica consagración de ese símbolo, como perenne materialización de su significado, como comprobación fecunda de su alcance, la batalla de Ayacucho, en la que gentes de todas las comarcas que se extienden desde las orillas del mar Caribe, hasta las riberas del Plata, guiados por el índice del Libertador, confunden su sangre y sus esfuerzos para obtener, en un ímpetu ordenado y común, la libertad del Continente.

Es tan estrecha, tan íntima y tan uniforme la relación que guardan entre sí las diferentes fases de la actuación del Libertador, que el pensamiento busca en vano, cuando analiza su vida y su obra, cuáles son los límites que circunscriben, respectivamente, sus empresas guerreras, sus planes constitucionales o sus proyectos internacionales. Él quiere llevar la lucha armada hasta las mismas costas de España, desafiando a la Europa reaccionaria con las ideas liberales; pretende constituir vastos y fuertes gobiernos, que ahoguen en América el instinto anárquico y las tendencias regresivas; aspira a crear una Liga que dé al Nuevo Mundo Español la cohesión que le imponen su peculiar situación topográfica y la analogía de constitución política y de composición social; y sueña, por último, con una majestuosa Asamblea de todas las naciones de la Tierra, que ha de tener lugar en el suelo americano. Pero existe tal ordenado encadenamiento entre esos distintos objetivos, se hallan ellos ligados entre sí de un modo tan solidario, que no se conciben unos sin la coexistencia de los otros y que si pretendemos considerar por separado a cualquiera de ellos, surge inmediatamente la necesidad de apelar a los demás, para poder explicarse el sentido y el alcance del primero. Y esto acaece con las actitudes al parecer más personales del Libertador: si los gestos de Casacoima y Pativilca nos aparecen como sobrehumanos, cuando los apreciamos aisladamente y teniendo sólo en cuenta las circunstancias del momento, ellos, en cambio, adquieren una sorprendente naturalidad, cuando pensamos en la finalidad remota a que se encamina su acción, con la serenidad imperturbable que le dan el conocimiento del momento en que actúa y la convicción de su propio destino.

El concepto internacional del Libertador se halla condensado en su carta de Jamaica. Pero si piensa, desde un principio, con reunir en alguna época dichosa de la regeneración americana, un augusto Congreso en el que los representantes del Nuevo Mundo discutan con los de las otras porciones de la Tierra los altos intereses de la paz y de la guerra, en sus planes de acción no entra el cálculo paciente de los expedientes de cancillería; y si bien concibe el mundo como un todo, cuyas partes componentes están unidas entre sí por el lazo de la solidaridad humana, concreta su actuación a la parte del globo de donde han de surgir en el porvenir, merced al golpe de su espada y al conjuro de su verbo, las aguas cristalinas de un nuevo ideal de civilización. De los Estados Europeos no esperaba nada por su política reaccionaria, por sus alianzas de familia, por su espíritu de dominación, y sólo exceptuaba a Inglaterra, a la que consideraba en aptitud de producir un influjo bienhechor por la naturaleza de sus instituciones y por el carácter de sus habitantes. De Europa sólo deseaba la inmigración, que constituía para él la solución del problema económico y social del Continente. Y por ello, desde 1813, apenas se siente ya el Caudillo llamado a realizar la Conquista redentora, lanza a los extranjeros una expresiva invitación, para que vengan a establecerse en las provincias libertadas de Venezuela, ofreciéndoles toda la protección del gobierno y prometiéndoles todas las ventajas y utilidades a que ellos pudieran aspirar en el propio país.

Respecto de América, Bolívar había sentido también, desde un principio, la necesidad de exteriorizar ese patriotismo común que la Naturaleza impone a los habitantes de un mismo Continente y lo había proclamado, al establecer entre aquella y Europa un abismo infranqueable. Pero en el desarrollo gradual de sus planes, el Libertador obedece siempre a una lógica inflexible y progresiva. Su misión, después de la liberación del Perú, no es todavía la formación de ese gran sistema americano, en el que han de encontrarse, orientándose hacia un destino común, tres fuerzas, tres pensamientos, tres civilizaciones; porque, si en dos de ellas la unidad de sus elementos componentes estaba de antemano preparada y ofrecía una resultante definida, no sucedía lo mismo con el elemento hispanoamericano, que, al desaparecer la soberanía del monarca español, se había dividido,

anarquizado y disuelto. La necesidad histórica primordial, era la reconstitución de la unidad, de la majestad y de las fuerzas del Imperio destruido para formar una resultante peculiar y poderosa, que influyese en la orientación general del sistema continental y que eternizara, al través de los tiempos y de las vicisitudes, la acción y el pensamiento indo-hispánicos, que constituían el nervio de las nuevas nacionalidades.

Y éste fue, más que el de las necesidades militares de la guerra no concluida aún, el objeto inmediato del Congreso de Panamá. Bolívar quiso obtener de él esa ansiada resultante de todas las fuerzas vivas del Continente español. Por ello, con la penetrante elocuencia con que su pluma va trazando sobre el Cielo de América el mismo rasgo glorioso que su espada va abriendo en la tierra, expone el proyecto a los diversos gobiernos con estas memorables palabras:

"Después de 15 años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, *antes colonias españolas*, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos."

"Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras Repúblicas, y *reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español*."

Y, justamente embriagado ante la perspectiva de presentar ante los ojos asombrados del mundo, aquella reconstitución casi mitológica del Imperio Colonial, concluye esa honda excitación a la solidaridad de los pueblos recién libertados con estos inmortales conceptos:

"El día que nuestros Plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. *En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?*"

Este plan, si bien no presuponía la colaboración de la República del Norte, ni la del Imperio del Brasil, no excluía tampoco su intervención en la Asamblea, que podría más bien ser favorable a la cristalización del proyecto, a la vez que facilitar la formación del gran sistema americano que habría de encauzar, en provecho común, las disímiles tendencias de las tres razas pobladoras. Y si el Libertador no extendió directamente una invitación a las dos potencias americanas neutrales, no fue porque pretendiera excluirlas de la Asamblea, como elementos, perjudiciales o adversos al objetivo que se proponía alcanzar, sino porque esas potencias estaban fuera de la órbita de su objetivo inmediato, se hallaban al margen de esa unidad, que él consideraba esencial para satisfacer su profunda concepción de las leyes históricas, para llenar la vital necesidad del momento en que actuaba.

Las propias expresiones del Libertador excluyen la idea de que él se propusiera primordialmente crear en Panamá una Liga universal de Naciones, ni siquiera una Liga de todas las Naciones Americanas. Semejantes proyectos habrían sido en 1826, un delirio exaltado y absurdo por causa del sistema reaccionario de Europa, incompatible con la existencia y los principios de las nuevas nacionalidades, por la actitud vacilante de la opinión pública en los Estados Unidos y por el estado de anarquía del elemento hispano-

americano. Como él mismo lo expresa con su inconfundible lenguaje, pretendió echar las bases del plan que habría de trazar a las nuevas nacionalidades la marcha de sus relaciones con el universo, porque creyó posible agrupar en torno de su persona y alrededor de la Gran Colombia, a toda la América hispana gracias al prestigio de sus hazañas y a la inmanente virtualidad de sus ideas. En una guerra de 14 años, había destruido uno de los imperios más grandes de la tierra y había creado sobre sus ruinas y sostenido con sobrehumano vigor, una nueva orientación de las ideas; había subyugado todos los espíritus y había dominado todas las voluntades. Su figura había crecido tanto, que se había salido del hemisferio y constituía el emblema de la libertad en el propio corazón de la Europa legitimista. Él era la encarnación viva de todas las aspiraciones, de todas las fuerzas y de todos los atributos del mundo recién libertado. Por la admiración o por el temor, por el convencimiento o por la imposición, toda la vida del Continente hispano-americano, convergía hacia él como hacia el centro natural del nuevo sistema político. Y por ello se lanzó desde Lima en la empresa de Panamá, buscando en ésta, no combinaciones internacionales, sino la consagración definitiva y solemne de las causas históricas que habían motivado la insurrección de las colonias hispanas, a la vez que la preservación en el porvenir de la virtualidad racial e ideológica que había venido acumulándose en aquéllas durante la dominación española y que había ocasionado el movimiento emancipador.

El esfuerzo genial naufragó en el agitado mar de la anarquía política y del fermento social que hervían en toda la extensión de las nuevas Repúblicas. Por un hado más trágico aún que el del propio Edipo, la misma Espada que había fulminado el vasto imperio secular y que representaba el emblema de su posible reconstitución era, a la vez, a los ojos de muchos, el obstáculo insuperable para cristalizar el proyecto. Y el fracaso de la empresa impidió que se desarrollara la política panamericana, basada en la estabilidad y en el poderío material de los tres grandes grupos raciales. El gran sistema americano, que habría sido la primera consecuencia de la confederación, quedó sin base inmediata, relegado a los tiempos futuros, en espera de que otras contingencias históricas, más afortunadas o propicias, brinden nuevos caminos para condensar en una fórmula las aspiraciones materiales, políticas y culturales de todo el Nuevo Mundo.

La Naturaleza y la Historia convidan siempre al Continente Americano, a formar una resultante armónica y peculiar de fuerzas convergentes, en la que los recursos de cada grupo étnico sean para los otros, como el fértil limo fecundante de nuestros grandes ríos y no como la asoladora impetuosidad de los torrentes en días de tormenta. No existen hoy, como no los existían hace un siglo, obstáculos esenciales que se opongan a la futura realización del ideal panamericano. A pesar de las desgraciadas contingencias acaecidas durante el siglo transcurrido, y a despecho del desequilibrio de fuerzas, la situación política del Continente es, fundamentalmente, la misma que la de la época en la que el Presidente Adams decía, excitando a la Cámara de su país a votar el subsidio para el envío de Plenipotenciarios al Congreso de Panamá: "Puede suceder que en el lapso de muchas centurias ninguna otra oportunidad tan favorable se presente al Gobierno de los Estados Unidos para cumplir los benévolos designios de la Divina Providencia, para corresponder a las prometidas bendiciones del Redentor de la humanidad, para promover el predominio en las futuras edades de la paz sobre la tierra y de la buena voluntad para el hombre, como la que ahora tiene en sus manos, por medio de la participación en las deliberaciones de este Congreso..." "Accidentes imprevistos o fatalidades que no son de preverse, pueden frustrar sus elevados propósitos o defraudar sus más favorables expectativas. Pero el designio es grande, es benévolo, es humano. Es congénito con ese espíritu que impulsó la declaración de nuestra Independencia; que inspiró el preámbulo de nuestro primer tratado con Francia;



que dictó nuestro primer tratado con Prusia y las instrucciones bajo las cuales fue negociado; que alentó los corazones e inflamó las almas de los inmortales fundadores de nuestra Revolución."

Están, pues, todavía en pie, las causas que motivaron el ardoroso llamamiento que el Padre de la gran Patria hispano-americana lanzara desde la más alta cumbre de su gloria, como para que su patético acento resonase en todos los ámbitos de América y por toda la eternidad. Y por ello, el objetivo que el Libertador pretendió cristalizar en el Istmo, continuará siendo el paladín del antiguo Imperio colonial español, mientras prevalezcan en él las características que su historia le ha impreso y la figura del Libertador será el símbolo glorioso de las aspiraciones de la Raza, mientras nuevas mutaciones históricas no desvíen de su curso al porvenir, la corriente que inició la Conquista, con sobrehumanos derroches de energía y que luego afirmó la Independencia con heroicos arrestos de valor y constancia.